**Gabriela Mistral (1889-1957)**

****

**País de la ausencia [[1]](#footnote-1)**

*A Ribeiro Couto*

País de la ausencia,   
extraño país,   
más ligero que ángel   
y seña sutil,   
color de alga muerta,   
color de neblí,   
con edad de siempre,   
sin edad feliz.

No echa granada,   
no cría jazmín,   
y no tiene cielos   
ni mares de añil.   
Nombre suyo, nombre,   
nunca se lo oí,   
y *en país sin nombre    
me voy a morir.*

Ni puente ni barca   
me trajo hasta aquí.   
No me lo contaron    
por isla o país.   
Yo no lo buscaba   
ni lo descubrí.

Parece una fábula   
que yo me aprendí,   
sueño de tomar   
y de desasir.   
Y es mi patria donde   
vivir y morir.

Me nació de cosas   
que no son país;  
de patrias y patrias   
que tuve y perdí;   
de las criaturas   
que yo vi morir;   
de lo que era mío   
y se fue de mí.

Perdí cordilleras   
en donde dormí;   
perdí huertos de oro   
dulces de vivir,   
perdí yo las islas   
de caña y añil,   
y las sombras de ellos   
me las vi ceñir   
y juntas y amantes   
hacerse país.

Guedejas de nieblas   
sin dorso y cerviz,   
alientos dormidos   
me los vi seguir,   
y en años errantes   
volverse país,   
*y en país sin nombre   
me voy a morir.*

**La extranjera[[2]](#footnote-2)**

*A Francis de Miomandre*

Habla con dejo de sus mares bárbaros,

con no sé qué algas y no sé qué arenas;

reza oración a dios sin bulto y peso,

envejecida como si muriera.

Ese huerto nuestro que nos hizo extraño,

ha puesto cactus y zarpadas hierbas.

Alienta del resuello del desierto

y ha amado con pasión de que blanquea,

que nunca cuenta y que si nos contase

sería como el mapa de otra estrella.

Vivirá entre nosotros ochenta años,

pero siempre será como si llega,

hablando lengua que jadea y gime

y que le entienden sólo bestezuelas.

Y va a morirse en medio de nosotros,

en una noche en la que más padezca,

con sólo su destino por almohada,

de una muerte callada y *extranjera.*

**La otra[[3]](#footnote-3)**

Una en mí maté:

yo no la amaba.

Era la flor llameando

del cactus de montaña;

era aridez y fuego;

nunca se refrescaba.

Piedra y cielo tenía

a pies y a espaldas

y no bajaba nunca

a buscar «ojos de agua».

Donde hacía su siesta,

las hierbas se enroscaban

de aliento de su boca

y brasa de su cara.

En rápidas resinas

se endurecía su habla,

por no caer en linda

presa soltada.

Doblarse no sabía

la planta de montaña,

y al costado de ella,

yo me doblaba...

La dejé que muriese,

robándole mi entraña.

Se acabó como el águila

que no es alimentada.

Sosegó el aletazo,

se dobló, lacia,

y me cayó a la mano

su pavesa acabada...

Por ella todavía

me gimen sus hermanas,

y las gredas de fuego

al pasar me desgarran.

Cruzando yo les digo:

-Buscad por las quebradas

y haced con las arcillas

otra águila abrasada.

Si no podéis, entonces,

¡ay!, olvidadla.

Yo la maté. ¡Vosotras

también matadla!

**La bailarina[[4]](#footnote-4)**

La bailarina ahora está danzando

la danza del perder cuanto tenía.

Deja caer todo lo que ella había,

padres y hermanos, huertos y campiñas,

el rumor de su río, los caminos,

el cuento de su hogar, su propio rostro

y su nombre, y los juegos de su infancia

como quien deja todo lo que tuvo

caer de cuello y de seno y de alma.

En el filo del día y el solsticio

baila riendo su cabal despojo.

Lo que avientan sus brazos es el mundo

que ama y detesta, que sonríe y mata,

la tierra puesta a vendimia de sangre,

la noche de los hartos que ni duermen

y la dentera del que no ha posada.

Sin nombre, raza ni credo, desnuda

de todo y de sí misma, da su entrega,

hermosa y pura, de pies voladores.

Sacudida como árbol y en el centro

de la tornada, vuelta testimonio.

No está danzando el vuelo de albatroses

salpicados de sal y juegos de olas;

tampoco el alzamiento y la derrota

de los cañaverales fustigados.

Tampoco el viento agitador de velas,

ni la sonrisa de las altas hierbas.

El nombre no le den de su bautismo.

Se soltó de su casta y de su carne

sumió la canturia de su sangre

y la balada de su adolescencia.

Sin saberlo le echamos nuestras vidas

como una roja veste envenenada

y baila así mordida de serpientes

que alácritas y libres le repechan

y la dejan caer en estandarte

vencido o en guirnalda hecha pedazos.

Sonámbula, mudada en lo que odia,

sigue danzando sin saberse ajena

sus muecas aventando y recogiendo

jadeadora de nuestro jadeo,

cortando el aire que no la refresca

única y torbellino, vil y pura.

Somos nosotros su jadeado pecho,

su palidez exangüe, el loco grito

tirado hacia el poniente y el levante

la roja calentura de sus venas,

el olvido del Dios de sus infancias.

1. En *Tala* (1938) [↑](#footnote-ref-1)
2. En *Tala* (1938) [↑](#footnote-ref-2)
3. En *Lagar* (1954) [↑](#footnote-ref-3)
4. En *Lagar* (1954) [↑](#footnote-ref-4)